DULCES PLACERES

Los placeres del hogar son dulcísimos y sabrosos, «más que la fruta del cercado ajeno»; pero no me refiero precisamente á éstos, acerca de los cuales músicos, literatos y danzantes han llenado hojas y hojas de papel, más ó menos, pautado.

Existen infinidad de placeres fuera del «domicilio propio de uno y su familia», como lo definía Rodríguez Correa, á cual más atractivos y excelentes.

Por ejemplo, el de la caza.

No quiero indicar, al hablar de caza, de esa que se realiza en plena ciudad urbanizada, ó que por tal pasa, sino la de que disfrutan varios sujetos algún tanto de instintos silvestres, como Felipín, el heredero de los señores de Conejo, que todos los días de fiesta que puede ausentarse de la ciudad y faltar á la oficina, se lanza al monte y allí se pasa las horas muertas oyendo «los murmullos de la selva» y observando el crecer de los olivos.

Él no caza; pero habrá pocos que le ganen á ir pertrechado, y nuevo caballero andante, anda por valles y vericuetos en busca de liebres cándidas y llorando su amor como un silfo con canana, causando la admiración de todos los mozos de las aldeas inmediatas, que un día le apedrearon creyendo que era el nuevo recaudador de contribuciones ó un adelantado del catastro.

Otros placeres indudables son los que proporcionan los juegos honestos, sin trampa ni intereses.

Valga por todos ellos el del ajedrez, en cuya diversión, fuera de su casa, es una maravilla un magistrado excedente, amigo mío, que hace cuatro meses anda detrás de que le abonen lo que le deben de la Habana y de ganar una partida á los marqueses del Arcil, recién casados, á quienes importuna sin saberlo el señor del margen.

A veces para explicar una jugada el ex magistrado, pronuncia un discurso digno de un recurso de casación, y los señores de la casa no tienen más remedio que decirle que juegue sin comentarios.

Pero él se engríe, y todas las noches son ya las dos de la madrugada cuando el hombre de ley vuelve á su casa, pensando todavía en si debió mover la torre ó comerse un rey.

Su señora, que no entiende de estas cosas, le suele conminar con dejarle otra noche en la escalera; pero él no se enmienda y dice á su esposa con aire compungido.

—¡Si hubieras tú visto cómo le gané á Pepe!

Y lo que suele luego ganarse el ex funcionario, es una peroración que ni sus discursos forenses

de que viene de distraerse jugando al tresillo, placer dulce é inofensivo como el que más lo sea.

También en clase de placeres, fuera de casa existen otros que suelen ser más útiles que el jugar á carambolas, á palos y otros que pudieran afectar al individuo y á la familia.

El placer del *sable* es uno de ellos, y el de implorar la caridad pública es otro.

Ambos suelen á veces confundirse en un mismo *sport;* pero tienen *caracteres diferenciales.*

Lo cual no impide que sean otro *dulce placer.*

Conocí yo un pobre qu se situaba todas las

tardes en una acera de las más céntricas; allí tenía él, como decía, establecido su *puesto de pedir limosna,* y en cuanto que veía un ciudadano que avanzaba hacia donde él estaba, solía exclamar el mendigo, mientras se preparaba al asalto:

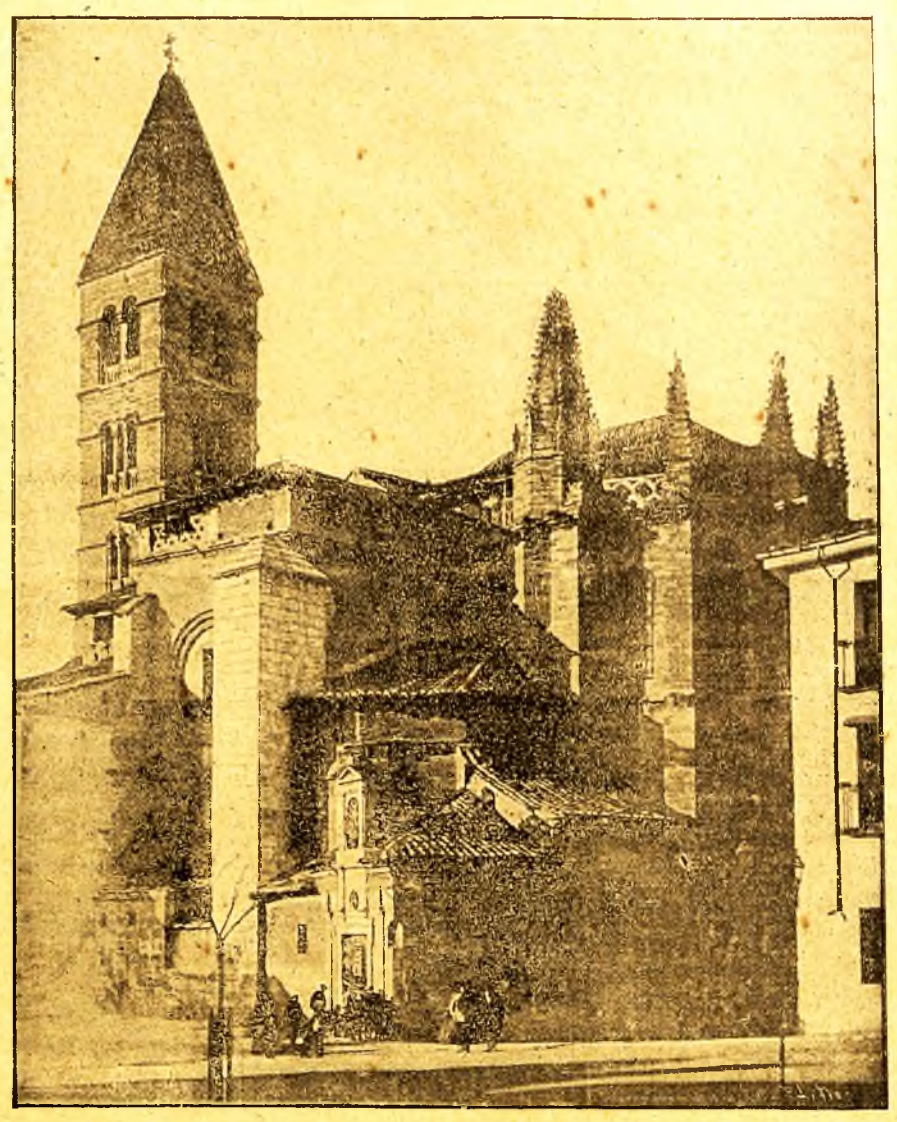
—¡Si supiera ese señor lo que gozo yo con estas cosas!

Y un día traspasó el *puesto* á un amigo en doscientas pesetas y media.

Otro *divertido.*

Candela.

VALLADOLID



Iglesia de Nuestra Señora de la Antigua.

DOS BESOS

Cuando Clemente regresaba á su hogar á la salida de la oficina, en aquel tiempo de invierno, quizá sentiría algún frío en su cuerpo, aunque sucediera lo contrario en su alma, rebosante del calor de la felicidad.

Embozado en su capa hasta los ojos, caminaba de prisa, muy de prisa, con las manos en los bolsillos y un pitillo en la boca. Caminaba con rapidez, porque el corazón le empujaba hacia su casita, un nido de alegría, en el que era esperado por sus rapaces y su esposa, modelo de virtud, modestia, hermosura, cariño, y por lo tanto modelo de esposas.

Ella había labrado la felicidad en el alma de Clemente. —He tenido mucha suerte—se decía—, y en verdad que no poca era el haber encontrado una mujer de las condiciones que la suya.

La conoció cuando él era estudiante: ella por entonces cosía en un obrador para ayudar á su modesta familia; y como no menos lo era la de Clemente, fué imposible seguir los estudios y tuvo que renunciar á proseguir la carrera que con bastante aprovechamiento tenía comenzada. Así, pues, tuvo que recurrir á un empleo.

Luego se proyectó la boda cuando le ascendieron, y al casarse, ella dejó la costura para fuera, porque la aguja tenía que ocuparla desde entonces sólo en su marido. Y la luna de miel fué prolongadísima en aquel matrimonio y más renació la alegría, cuando fruto de aquella unión fué un chiquitín alegre y hermosote.

Aquello vino á aumentar el regocijo. El chicuelo creció guapote y rollizo á pesar de ser bastante á encanijarlo tanto besuqueo.

El cielo, que no se cansaba de inundar de felicidad aquel cuartito pequeño y limpio, quiso, con júbilo de todos que, cuando el pequeñuelo ya pronunciaba con lenguecilla de trapo, María diera á luz una niña. ¡Qué alegría! Sus deseos cumplidos. ¡Niño y niña!...

El último vástago crecía tan robusto como el primero, á pesar de que el continuo manoseo fuera suficiente á encanijarle.

Con todo esto, ¿qué le importaba á Clemente la mortificación de la oficina, si después cuando regresaba á su casa no le faltaba el humeante y modesto cocido que, con apetito el consabido brasero? ¿Qué más podía desear? A su frente, la frente virginal de su compañera de delicias, el rostro de su esposa, radiante de ternura, y á sus dos lados sus dos hijos, Clementito y Mariita, fruto de aquellos esposos, unidos sólo para engendrar dos angelitos.

Cuando Clemente llegaba á su casa, los rapaces salían á la escalera y esperábanle palmoteando con infantil alegría.

Sabían que era él el que llegaba, por lo acelerado de su paso y porque entre dientes llevaba siempre alguna canción. En los labios traía dos besos, dos besos que con ardoroso anhelo estampaba en las frentes de Clementito y Mariita.

...Pero, no sé por qué aquel día más frío que ninguno, no los besó como acostumbraba. Al incorporarse á hacerlo, á sus ojos se asomaron dos gotas cristalinas que retemblaron al quererlas disimular. ¿Sería que la felicidad de día en día en aumento, había llegado á ser tanta que, no le cabía y al rebosarle por los ojos empujó á las lágrimas, ó que al dejar los dos besos cotidianos de aquel día, más frío que ninguno, por su mente cruzó fatal pensamiento?

Yo creo que fué lo último; aquel llanto mal reprimido no debió de ser de felicidad, porque luego dijo á los pequeñuelos con dulzura, haciéndoles una segunda caricia: —Desde mañana no salir á esperarme, porque podéis coger frío, y...

*
* *

Clemente, á la salida de la oficina en aquel hermoso día de primavera, caminaba de prisa, muy de prisa, porque su corazón, que latía con sacudidas violentas, le empujaba hacia su casa, la que fué nido de felicidad. Esta tiene su fin antes que nada.

Aquel pensamiento que cruzó por el cerebro de Clemente, fue un presentimiento, un destello de fatalidad, un anuncio de lúgubres sucesos que pareció decirle: «En pos de mí vendrá una serie interminable de amarguras; que bastante te has regocijado ya.»

Era cierto. Clemente habíase regocijado mucho con la *grandeza* de su *pequeñez,* porque aunque *pobre,* había sido feliz, que es la mayor *fortuna.*

Pero ahora, el desconsuelo te torturaba, porque el cielo, cansado de enviarle tanta dicha, llenó luego de desventura su hogar. ¿Qué estorbo causaba al *mundo* aquel rinconcito de *gloria?*

Sin embargo, bastante se había regocijado; ya era necesario padecer. Su Mariita, al salir á recibir á su padre en uno de *aquellos* días de pulmones delicados de la criaturita y la tuvo muy grave dos ó tres meses, durante los que Clemente dejó de ir á la oficina con licencia, para llorar con su esposa junto al lecho de la enfermita, y suplicar su salvación al médico, que las oía impasible.

La vitalidad de la niña menguaba cada vez más; los dos ó tres meses que llevaba de enfermedad, parecía haber vivido de milagro. Allí no había más que un cuerpecito que se acababa.

¿De qué ha de servir—se dijo Clemente—permanecer junto al lecho de la niña, si para cuidarla basta con su madre? Además, un aviso recibido de la oficina anunciándole que, si seguía faltando le dejarían cesante, le hizo volver al trabajo, al mismo trabajo que en otro tiempo le fué grato y que ahora aborrecía.

Por eso, cuando regresaba á su casa en aquel hermoso día de primavera, marchaba de prisa, muy de prisa; porque otro pensamiento como el de aquel día helado de invierno, relampagueó en su cerebro.

Llegó á su casa. Varias vecinas cruzaban con cestas de flores, regalo de la estación, para adornar el ataúd de la *muñeca,* como así llamaban á la niña, envidia de las madres, delicia de las jóvenes de la casa y objeto de los mimos de todos.

Clemente subió de cuatro en cuatro las escaleras, llegando á sus oídos lamentos desgarradores que le machacaron el alma.

No había duda; su presentimiento fué cruel realidad.

Clementito, con la boquita abierta, salía á esperar á su padre, á ver si traía algo que le despertara de aquella pesadilla.

No lloraba; llorar era poco. Sentía el niño en su pecho una cosa que no le dejaba hablar ni llorar. No quería, no podía ver aquella diminuta cuna vacía: deseaba verla de nuevo ocupada por su amita: quería que sus rubios rizos inundaran como siempre la almohada... La *hermanita* dormía ahora en otra parte: en una cajita blanca, con muchas flores, y Mariita tenía la cara muy amarilla y muy fría... Mamá decía que estaba durmiendo...

Clemente se precipitó sobre el cadáver rígido de su hija; le contempló breves instantes; llenó aquel semblante infantil de calenturientos besos, y después, mudo de dolor, cogió en sus manos temblorosas la cabeza del único hijo que le quedaba, y cerrando su boquita con dos besos, humedeciendo su rostro con lágrimas, exclamó con voz entrecortada:

¡¡Toma, hijo mío; hoy te tocan á ti dos!!

Ricardo Alcaraz

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Daimieleño, El. #85, 4/3/1900.